

Esta obra, titulada originalmente *The Tupac Amaru Rebellion* y publicada en Londres por la Universidad de Harvard en el 2014, ha sido traducida al español por Oscar Hidalgo, a quien el mismo autor agradece su esfuerzo.

El interés de Walker por el tema de la Rebelión de Túpac Amaru inició cuando estuvo enseñando en la Universidad San Antonio de Abad en el Cuzco durante 1989. Nace así un primer artículo, “*De Túpac Amaru a Gamarra: Cuzco y la creación del Perú republicano 1780-1840*”, publicado en 1999. A raíz de este escrito, varios editores le pidieron escribir una breve síntesis sobre Túpac Amaru; sin embargo, no aceptó la oferta debido a que consideraba que no tenía nada original que decir y que podía caer en un tipo de historia ligera y poco seria. Luego, cuando Walker viajó a Sevilla, tras revisar los documentos clásicos sobre Túpac Amaru, se dio cuenta que había secciones de los documentos no reproducidas ni en la Colección documental de la Independencia del Perú (CDIP) ni en la Colección documental del Bicentenario de la Revolución emancipadora de Túpac Amaru (CDBRETA), y aún los documentos comprendidos en estas colecciones no habían sido lo suficientemente estimados por los historiadores. Además, en el Cuzco el historiador encontró información adicional, especialmente en la Colección Vega-Centeno. Con toda esta información Walker desarrolla nuevos argumentos en torno a la rebelión de Túpac Amaru. Asimismo, aplica una de las nuevas formas de hacer historia, la historia narrativa, que evita los pies de página y llega a un público más amplio, permitiendo salvar la brecha que existe entre la historia académica y las personas que buscan leer sobre ésta. Es así que a fines del 2007 firma un contrato con la Universidad de Harvard para escribir este libro.

Charles Walker expresa que el libro es producto un incremento de estudios sobre Túpac Amaru desde los años sesentas, así como la fascinación y la conversión del mismo personaje en icono del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. En este período, Túpac Amaru será considerado como el principal antecedente de la Independencia, a la par que se producían revueltas rurales motivadas por la Guerra de Vietnam y otras luchas anticoloniales. Considera también la publicación de fuentes, como las que aparecen en la CDIP y la CDBRETA, además de los estudios de Boleslao Lewin, Lilian E. Fisher y Carlos Daniel Valcárcel. También toma en cuenta estudios relacionados con los obrajes.

Señala que la mayoría de los estudios se han centrado en el periodo de tiempo desde la ejecución de Antonio de Arriaga hasta la de varios de los líderes de la rebelión en mayo de 1781. Sin embargo, para Walker muchos de los sucesos más interesantes de la rebelión ocurrieron después de esa fecha, cuando Diego Cristóbal Tupac Amaru y otros tomaron el control de la rebelión, entrando en su fase más sangrienta a medida que se desplazaba hacia el sur, cerca del Lago Titicaca. Es más, con un examen de lo ocurrido entre 1782 y 1783 podría comprenderse el levantamiento y su legado. En cuanto a la Iglesia, el historiador señala que los estudios han resaltado el papel en los cura rebeldes que apoyaron a la rebelión, como López de Sosa y Bejarano, mientras

que él sostiene que la Iglesia católica y, en especial, el obispo del Cuzco Juan Manuel Moscoso y Peralta, fueron fundamentales para la represión de la rebelión. Al excomulgar a Túpac Amaru y a Micaela Bastidas, estos se vieron profundamente afectados, ya que no concebían un mundo sin la Iglesia, careciendo de un plan efectivo para silenciar a los realistas. Además, el Obispo del Cuzco obligó a los curas a permanecer en las zonas controladas por los rebeldes, para que hicieran campaña en contra estos. De este modo lograron captar importantes informaciones acerca del movimiento insurgente.

El autor aclara que este no pretende ser un libro enciclopédico sobre la rebelión, ni un texto definitivo, sino que se interesa en promover el interés en este periodo y nuevas investigaciones sobre el tema. Enfatiza que se deben cuestionar algunos puntos, como la importancia de Micaela Bastidas¹³⁸ y el rol de género en el alzamiento, el papel de la Iglesia católica, las relaciones entre los tupacamaristas y los kataristas, además de los levantamientos autónomos que surgieron alrededor del Lago Titicaca, como los dirigidos por Pedro Vilca Apaza.

La violencia y la geografía son dos conceptos que el autor señala como columnas vertebrales de su estudio; busca, de esta manera, comprender la violencia y observar el colonialismo desde un marco general. En cuanto al primer concepto, sobre el por qué y cómo mueren las personas, la intensificación de la violencia, a medida que avanzaba la rebelión, llevó a dejar de lado el respeto por quienes permanecía neutrales, llegando a lo que se conoce como la *guerra total*. Las autoridades coloniales no contaban con un ejército permanente; eran las milicias las encargadas de la represión, ejecutando a los rebeldes y volviendo a Lima. La rebelión de Tupac Amaru demandó llevar a cabo un mayor esfuerzo: si bien para el siglo XVII la población del Cuzco y alrededores del Lago Titicaca ya habían ejecutado autoridades, ésta era de mayor envergadura, sin precedentes, donde los rebeldes inventaron sus propias reglas. Los debates acerca de las ejecuciones fueron un punto importante de controversia tanto entre rebeldes como entre realistas. El uso de la violencia no era algo nuevo para la población indígena: tanto las autoridades como los hacendados coloniales solían usar métodos violentos para la recaudación de tributos o para obligar a trabajar. Durante la rebelión tupacamarista, los indígenas tomaron el poder en sus manos destruyendo horcas y prisiones; golpear, flagelar, violar y coaccionar, se convirtieron en acciones comunes al ingresar a los pueblos. La bebida también fue un factor importante en este tipo de acciones. La espiral de violencia se salió de control debido a tres factores:

- El liderazgo: Túpac Amaru y Micaela Bastidas controlaron y restringieron la violencia solo hacia los europeos, en todo el sentido de la palabra, protegiendo a los criollos, mestizos e indios pudientes. Esto fue muy efectivo en el área central, de la rebelión. Sin embargo, cuando aquellos salieron del liderazgo y la rebelión se extendió, se hizo difícil mantener esta premisa, extendiéndose la violencia hacia todos aquellos que no fueran indios y hasta a quienes vestían ropas europeas o

¹³⁸ Entre sus aportes señala el primer relato completo de Micaela Bastidas. A quien considera de tanta importancia para la rebelión como lo fue su marido, a quien apoyó a lo largo de todas las campañas, encargándose de la logística de las tropas rebeldes y el cuidado del cuartel central en Tungasuca.

hablaban español. En el lado realista, también se hizo más difícil para los comandantes controlar a sus fuerzas, ya que eran menos numerosos, y además estaban menos dispuestos contenerlas.

- La cronología: El levantamiento evolucionó hacia una *guerra de guerrillas*¹³⁹, donde la violencia fue en aumento en cada lado como respuesta de un bando a otro; pasó de ser una táctica para el avance a ser un medio de venganza. Además, cada bando reconoció al otro como hereje, pagano o bárbaro. Esta transformación ideológica justificó una mayor violencia a cada lado.
- La geografía: A medida que la rebelión se alejaba del Cuzco hacia el Lago Titicaca, la violencia iba recrudeciendo, en parte porque los dirigentes, que estaban más próximos al Cuzco, no podían mantener igual control en zonas alejadas como son los pueblos altiplánicos. Otro factor fue el diferente grado de influencia de las instituciones coloniales en cada lugar: la Iglesia y el Estado tenían una mayor presencia en la antigua capital de los Incas y la educación era más accesible en el caso de la nobleza indígena; además, la geografía y el intercambio económico permitían un mayor contacto entre grupos étnicos, los cuales fortalecieron los lazos, disminuyendo la violencia. Esto se ve en los pueblos como Tungasuca, Surimana y Pampamarca, que estaban solo a 80 km del Cuzco y que participaban del circuito económico del sur andino. Por otro lado, en los alrededores del Lago Titicaca, tanto la Iglesia como el Estado tenían una menor presencia, y el contacto e interacción entre los indios y los españoles era menor. Estos factores explican la mayor violencia y menor capacidad de coerción por parte de los españoles hacia los indios de esta zona.

En cuanto a la geografía o topografía, como el segundo elemento vertebral del estudio, Walker señala que la naturaleza, es decir la cordillera de los Andes, determinó cómo cada bando pelearía contra el otro, marcando no solo las batallas sino también los ánimos a cada lado. Mientras los españoles se quejaban de la accidentada geografía y al mismo tiempo se maravillaban de la adaptabilidad de la población indígena para vivir en las zonas más agrestes, los rebeldes aprovechaban este conocimiento del territorio para atacar y esconderse. Veían a los españoles como enemigos externos que debían ser obligados a retroceder hacia el mar. Además, en los territorios altos a los que se extendió la rebelión predominada el quechua y no el aimara, lo cual hacía aún más exótico el lugar. Por otra parte, si bien había menos mestizaje, por lo que la población de este tipo tenía un menor peso demográfico, éstos eran importantes, sea para unirlos a la rebelión o tomarlos en cuenta como aliados. Finalmente, otro factor que cambió al llegar a las zonas de altura fue la predominancia de la ganadería en vez de la agricultura.

Walker afirma que la rebelión no solo determinó la trayectoria del Perú en las Guerras de la Independencia del siglo XIX, ya que constituyó un precedente de levantamientos anticoloniales, sino que alteró la presencia española en el Perú y las Américas con la represión brutal y los sentimientos anti-indígenas, profundizando la división Costa-

¹³⁹ Si bien este término puede sonar anacrónico para la época que se comprende en el estudio, Walker señala que es la forma más correcta en la que se puede describir la dinámica de acción de las fuerzas rebeldes.

Andes. Asimismo, llevó a ganar ciertos derechos para la población autóctona, ya que se temía una nueva insurrección. Túpac Amaru continúa teniendo un papel importante como héroe y símbolo en el Perú de hoy, y su figura hasta ha trascendido fronteras.

Resumen

El libro comprende doce capítulos que, cronológicamente, abarcan desde el contexto inicial de la rebelión hasta el ajusticiamiento de los comandantes rebeldes que dirigieron la segunda parte, así como los juicios a todos lo que podrían haber sido considerados cómplices o simpatizantes de los rebeldes. Incluye mapas, imágenes y una cronología de los principales hechos de la rebelión.

En el primer capítulo Charles Walker describe lo favorable del contexto político, social y económico de la época para la gestación de una revuelta. Existía un descontento generado por las Reformas borbónicas y su aplicación, supervisada por los visitadores generales. En caso del Perú, el visitador sería José Antonio de Areche, quien desde su llegada se mostró en conflicto con el virrey: el conflicto Iglesia-Estado, que se reflejó en los problemas entre el corregidor Antonio de Arriaga y el Obispo del Cuzco. Sumado a esto estaba la separación entre españoles y criollos. En este capítulo también se describe, de forma breve, las vidas y la situación en la que se encontraban los principales protagonistas del proceso histórico, en los momentos precedentes a la rebelión.

En el segundo capítulo se narra el rumbo que siguió la rebelión después de la ejecución de Arriaga hasta la Batalla de Sangarará, en la que los rebeldes salieron victoriosos. La base central de los rebeldes se estableció en Tungasuca, no solo por ser el lugar de residencia de Túpac Amaru, sino por su favorable ubicación geográfica, en la ruta que los realistas debían tomar si atacaban desde Cuzco, Puno o Arequipa. Se analiza también la participación de europeos recluidos en Tungasuca, quienes terminaron apoyando las operaciones rebeldes como escribanos, asesores, contadores, y fabricando armas. Sin embargo, en los juicios posteriores alegarían haber actuado bajo coacción.

En el capítulo tres se abarca el papel de la Iglesia. La excomunión contra José Gabriel Tupac Amaru y a Micaela Bastidas, por parte del obispo de Cuzco, Moscoso y Peralta, los afectó profundamente en lo personal, porque se consideraban buenos cristianos y buscaban la aprobación de la Iglesia, incluso poniendo cruces en los sombreros de sus seguidores. En cuanto a la rebelión, este hecho causó dudas y la desertión de sus seguidores. Para evitar que se extendiera la noticia de su excomunión, el líder rebelde limitó las comunicaciones y mandó a arrancar de las iglesias los edictos con la noticia. Los curas mostraron un carácter ambiguo: algunos reprendían a los rebeldes en sus sermones y se oponían a ellos, mientras que otros mandaban cartas a los líderes del levantamiento pidiendo protección y favores. Durante los juicios, varios de los que duraron casi diez años, muchos curas argumentaron haber actuado por miedo, ya que dentro de los cánones eclesiásticos aquello era considerado justificación válida para sus actos. Esto sucedió incluso en el caso de religiosos muy cercanos a los líderes rebeldes, como fueron Antonio López de Sosa y su asistente Ildefonso Bejarano, quienes se movilizaban en el cuartel de Tungasuca e incluso participaron en la ejecución del corregidor Arriaga. Incluso Moscoso y Peralta había conocido y

simpatizaba con Túpac Amaru; no obstante, su afinidad se acabó cuando se enteró de la ejecución de Arriaga y el incendio de la iglesia en el Batalla de Sangarará. Los realistas de “línea dura”, representados por Areche y su sucesor Benito Mata Linares, exageraron el apoyo del clero en la rebelión, juzgándolo como indisciplinado y contagiado por ideologías rebeldes.

El cuarto capítulo se enfoca en el avance de Túpac Amaru hacia el sur para establecer alianzas y reunir provisiones, hasta su retorno a Tungasuca en diciembre de 1780. Decidido a avanzar hacia el Cuzco, la ciudad comenzó a prepararse para su ataque. Las fuerzas que habían sido enviadas desde Lima, tras la noticia de la ejecución de Arriaga, sufrieron grandemente para adaptarse a los Andes, padeciendo del soroche o mal de altura, lo cual jugó en su contra durante las batallas. A pesar de su descontento, Areche tuvo que compartir el mando de las fuerzas realistas con el comandante José del Valle. De todos modos, el visitador procuraba mostrar su autoridad por encima de la del Virrey implementando políticas de mano dura contra la población andina y los rebeldes.

Si bien se resalta el importante papel de Micaela Bastidas como comandante en el cuartel central rebelde, controlando y reclutando a las tropas, y manteniéndose al tanto del avance realista, también se destaca la ansiedad y la expectativa que experimentaba la esposa del líder rebelde ante el peligro de un cerco realista a Tungasuca. Para esta información, Walker cita las cartas intercambiadas entre ella y Túpac Amaru, en las que la esposa del líder rebelde lo conmina a apresurarse a regresar e iniciar el avance hacia el Cuzco. También se comenta brevemente el papel de Tomasa Tito Condemayta, kuraka de Acos, como fiel seguidora de la rebelión.

La victoria de Mateo Pumacahua sobre los rebeldes en Calca marcó un punto de inflexión que mostró el poder de la ofensiva realista. Los rebeldes se habían escondido en este pueblo tras la derrota de las fuerzas comandadas por Diego Cristóbal Túpac Amaru, cometiendo saqueos y atacando a toda la población española indistintamente, lo cual fue tomado por los realistas como una justificación para una dura represión. Además, para evitar el avance de la rebelión hacia el norte, los realistas decidieron tomar los principales puentes.

En el quinto capítulo se centra en cómo los ataques de Diego Cristóbal Túpac Amaru, desde el flanco norte y el de Túpac Amaru desde el Sur, fueron frustrados por los realistas, lo cual redujo al ejército rebelde, que no había logrado conseguir más aliados en los pueblos entre los pueblos del valle del Vilcanota. A pesar de contar con tropas, el líder rebelde, no atacó el Cuzco sino que mandó cartas al obispo y a las autoridades del pueblo anunciando su intención de tomar la ciudad y solicitando su apoyo, pero no fue tomado en cuenta. Mientras tanto, con la llegada de los refuerzos realistas y la desertión de varios miembros de las tropas de los rebeldes debido a las dudas, el hambre y las enfermedades, Túpac Amaru decide replegarse. Seguidamente a esto, el sexto capítulo abarca el inicio de la ofensiva realista después de la retirada de las fuerzas rebeldes hacia el sur. Las duras condiciones que tuvieron que atravesar ambos bandos ante la escasez de comida y armas, sumadas a la inclemencia del clima en las alturas de los Andes (que causaban más estragos en las fuerzas realistas por no estar aclimatadas), llevaron a numerosas desertiones en ambos bandos, además de

traiciones en el bando rebelde. Los enfrentamientos no solo se dieron entre las milicias de cada bando, sino también entre pueblos que apoyaban a cada una de las facciones, lo que también evidenció antiguas tensiones y conflictos personales entre ellos.

A medida que la rebelión avanzaba hacia el sur se mostró un recrudecimiento de la violencia, un cambio en su uso y visualización por parte de ambos bandos. Buscando cada uno vengarse del otro, se inició una “espiral de violencia”. En medio de todo esto la correspondencia entre los representantes de cada uno de los bandos revelaba la posición firme de cada uno; por un lado, Túpac Amaru se proclamaba descendiente de los Incas, mientras Areche se presentaba como representante de la Corona y hasta superior al Virrey. Si bien Túpac Amaru logró algunas retiradas realistas, finalmente estos llegaron a Tinta y atraparon a Micaela Bastidas junto a dos de sus hijos y a algunos familiares mientras intentaban huir hacia La Paz. Posteriormente capturarían al líder rebelde en Langui, donde había sido retenido a propósito por Ventura Landa y Francisco de Santa Cruz, quienes lo habían traicionado. Mientras tanto, Diego Cristóbal y Mariano Túpac Amaru, junto a Andrés Mendigure y otros comandantes, permanecieron en sus puestos a pesar de las presuntas cartas que les había enviado su líder indicando lo contrario. En contraparte, muchos indios se entregaron afirmando no tener relación con la rebelión, o argumentando haber sido obligados a participar de ella.

En el séptimo capítulo se describe la prisión, los juicios y la ejecución de las condenas para Túpac Amaru y su círculo más cercano, ya que los abogados que les fueron asignados no buscaban probar su inocencia, sino reducir las penas. Además, las ideas de una fuga o intento de rescate apuraron los juicios, que duraron tres meses, en los cuales las condiciones del encierro y el hambre menguaron su salud. Túpac Amaru fue interrogado por Mata Linares, quien ante la negativa de aquel a dar mayor información sobre sus cómplices, inició las torturas. Finalmente, el líder rebelde aceptó los cargos y se justificó en que como descendiente de los Incas, era su deber defender a los indios de los excesivos abusos de los españoles.

Las ejecuciones se llevaron a cabo el 18 de mayo de 1781, y los restos de los cuerpos fueron quemados o repartidos en varios pueblos como advertencia contra la sedición. Walker considera que este cruel espectáculo, así como la reacción del hijo menor de Túpac Amaru, quien dio un grito de desesperación al presenciar las ejecuciones de sus padres, dejaron una fuerte impresión en la población del Cuzco, debido a la crueldad del régimen colonial. Walker también señala que este episodio marca otro punto de quiebre, más no el fin de la rebelión, ya que aún seguían libres otros líderes quienes ganarían igual importancia que el ejecutado. Otro punto importante en este capítulo es el comienzo de una campaña iniciados por Areche contra el recuerdo de los Incas y la cultura quechua.

El octavo capítulo se enfoca en la situación hacia el otro lado del Lago Titicaca, en la región de Charcas, donde ya desde fines de la década de 1770 se habían dado levantamientos contra el Régimen (y no solo por parte de indígenas). Sin embargo, estos movimientos, a pesar de estar relacionados, nunca estuvieron unificados. En 1780 se rebela Tomás Katari en Chayanta donde, junto a la población local, estableció un autogobierno. Katari fue capturado y ejecutado en un intento de rescate por parte

de sus seguidores, mientras era trasladado por las milicias realistas. Sus hermanos Dámaso y Nicolás continuaron con la rebelión, llegando a sitiar la ciudad de La Plata. Si bien tuvieron intenciones de reunirse con Túpac Amaru, esto no se concretó, y fueron derrotados y ejecutados. En febrero de 1781 se inició un levantamiento dirigido por Julián Apaza, quien tomó el nombre de Túpac Katari en honor a los dos líderes ejecutados. Esta rebelión fue un conjunto de revueltas con diferentes líderes y estrategias, que no buscaban una coalición multiclasista, sino que perseguían indistintamente a quienes tuvieran cualquier relación con los europeos. Bajo este precepto, los pueblos cercanos al Lago Titicaca, Charcas y Chuquisaca, fueron arrasados por estos movimientos rebeldes. La Paz fue sitiada durante ciento nueve días, en los que los realistas evitaron que los rebeldes tomaran control de la ciudad, aunque sin poder hacer que huyeran, resistiendo hasta la llegada de los refuerzos realistas comandados por Ignacio Flores. El capítulo retrata la amenaza que representaba este movimiento rebelde sureño: podía separar al Perú del virreinato de Río de la Plata, pudiendo unirse con los líderes del movimiento tupacamarista.

El noveno¹⁴⁰ capítulo destaca el avance de los movimientos rebeldes en el sur, especialmente en el que fue liderado por Diego Cristóbal Túpac Amaru, Andrés Mendigure y Mariano Túpac Amaru, quienes establecieron su nuevo cuartel principal en Azángaro, exactamente en la casa de Diego Choquehuanca (*kuraka* que había reusado unirse a Túpac Amaru), aunque no era tan resguardado ni estable como lo había sido el de Tinta. Las noticias de éste, junto al movimiento katarista, motivaron nuevas insurgencias en otras partes del dominio español como Chile, Nueva Granada, Tucumán y el noreste del Río de la Plata. Una característica que compartían ambos tanto los tupacamaristas como los kataristas era la ejecución de sus primeros líderes, hechos que potenciaban la capacidad de rebelión y liderazgo sobre los indios del común. Este potencial rebelde también se veía aumentado por el recrudecimiento de la represión realista. El avance de las fuerzas rebeldes se reflejaba en el asedio de ciudades como La Paz, Puno, Chucuito y Sorata. En este contexto, el comandante Del Valle los enfrentó, buscando capturar a los nuevos líderes, para así cortar los posibles lazos que se pudieran establecer entre éstos, y para liberar la ciudad de Puno, que se encontraba sitiada por segunda vez. Sin embargo, los constantes enfrentamientos en el camino, las duras condiciones climáticas, el hambre y la falta de logística, habían disminuido significativamente su tropa, además de las muertes y deserciones. La defensa de Puno, encabezada por el corregidor Joaquín Antonio de Orellana, logró resistir a los rebeldes comandados por Diego Cristóbal Túpac Amaru, cuyas tropas se retiraron ante las noticias de la llegada de los refuerzos realistas. Del Valle se negó a entrar a la ciudad de Puno por temor a un nuevo ataque rebelde, organizando con Orellana la evacuación de la población hacia el Cuzco. Esta acción aumentó las tensiones con Areche, quien reclamaba a Del Valle el no haber seguido hacia el sur combatiendo a los rebeldes.

¹⁴⁰ Muestra la repercusión de la poca presencia de instituciones estatales en las zonas de altura, poca presencia que se ve perjudicada por el abandono de las iglesias en el Collao. Esto es notado por Areche, quien lo anota en una de sus cartas al virrey, señalando la importancia de las iglesias, incluso por encima de las instituciones estatales, para afirmar la presencia española.

La breve alianza establecida entre los movimientos rebeldes durante el segundo sitio de La Paz, realizado por los kataristas, es materia del décimo capítulo. Esta alianza se debilitaría ante la llegada de los refuerzos realistas comandados por José Rengin. Andrés Mendigure dejó a cargo a Miguel Bastidas y huyó a Azángaro, mientras Túpac Katari resistió e intentó aliarse con Bastidas, fracasando ante la ofensiva realista, que recuperó Oruro y atacó Cochabamba. Finalmente, Túpac Katari fue traicionado, capturado y ejecutado junto a sus seguidores, incluyendo a su esposa y su hermana. Por otra parte, Miguel Bastidas se entregó a cambio del perdón, y después de varios años fue enviado a una prisión en España. A pesar de todo esto la insurgencia en Charcas continuó por varios meses y años.

Otro punto interesante que narra este capítulo es el de la amnistía para los rebeldes. En setiembre de 1781, por iniciativa de Del Valle y con aprobación del Rey, el virrey Jáuregui firmó una amnistía o indulto para los rebeldes, siendo Francisco Salcedo quien se encargó de hacer llegar esta noticia a Diego Cristóbal Túpac Amaru en Azángaro. Éste decidió acogerse al indulto por la seguridad de su familia y la suya propia, ante la crítica situación y el largo tiempo que había tomado el levantamiento. Aun así, el líder rebelde puso en claro lo justo de sus demandas, motivadas por los abusos que los españoles cometían contra los indígenas. Después de numerosas negociaciones y algunas reuniones en las que los religiosos, en especial el obispo Moscoso y Peralta, habían actuado como mediadores, se logró una tensa paz entre ambos bandos, llegándose incluso a celebrar el matrimonio de Diego Cristóbal. Andrés Mendigure también decidió acogerse a la amnistía. Sin embargo, Areche aún se mostraba en contra de las concesiones concedidas por los españoles a los rebeldes.

En el siguiente capítulo observamos las actividades de los rebeldes tras aceptar el cese al fuego. En este contexto la veneración que les seguían rindiendo algunos indios a sus exlíderes, junto a los levantamientos independientes de quienes no habían aceptado las negociaciones¹⁴¹, dieron motivos a los realistas de “línea dura” para seguir desconfiando de éstos, cuestionando las consideraciones que se les habían tenido¹⁴². En este sentido las numerosas cartas de Areche dirigidas al Rey dieron sus frutos, y el Virrey recibió una carta de su majestad reprochándole por estas concesiones, exigiendo que estos fueran trasladados a Lima. Pero aun cuando se consiguió el traslado voluntario de Andrés y Mariano a Lima, los realistas de “línea dura” como Orellana, Flores, Segurola y Necochea no estaban contentos, ya que consideraban que el linaje de Túpac Amaru debía ser exterminado. A esto se sumaba la muerte de Del Valle y el cambio de Areche por Jorge Escobedo, quien apoyaba estas ideas. En esta situación se buscaba cualquier motivo para vincular a los exlíderes con nuevas insurgencias que pudieran aparecer, hasta que finalmente en 1783 se acusó una nueva revuelta en los alrededores de Marcapata, encabezada por Andres Condorpuse (se hacía llamar Simón Condori) y Santos Guaygua (atrapado y

¹⁴¹ Entre ellos es importante el levantamiento de Pedro Vilca Apaza quien regresó a Azángaro y combatió en el área norte del lago Titicaca, pero fue traicionado y martirizado, por lo cual es considerado un héroe en el mencionado pueblo.

¹⁴² Destacan el bautizo y entierro del hijo de Diego Cristóbal y las exhumaciones y nuevos entierros de Túpac Amaru y del padre de Andrés Mendigure, además de la pensión que el Virrey les había asignado por haber aceptado la amnistía.

ejecutado), quienes decían estar siguiendo órdenes de Diego Cristóbal. Esto fue tomado por los realistas de “línea dura” como una clara evidencia de conspiración.

El último capítulo inicia con el juicio contra los exlíderes rebeldes y toda persona vinculada con Túpac Amaru. Tomando como excusa la rebelión en Marcapata, Diego Cristóbal, su madre y su esposa fueron arrestados y cruelmente ejecutados junto a Simón y Lorenzo Condori. Los restos de sus cuerpos fueron quemados o exhibidos en diferentes pueblos, como había sucedido anteriormente. Mientras tanto, Mariano Túpac Amaru y Andrés Mendigure fueron enjuiciados en Lima por temor a algún levantamiento o huida en el camino hacia el Cuzco. Durante los interrogatorios delataron el levantamiento dirigido por Felipe Túpac Inca en Huarochirí; este hecho motivó a que los realistas de línea dura afirmaran haber tenido la razón en todo momento. En realidad los juicios solo fueron una justificación para los arrestos, que ya se venían planeando, de modo que se evitara las acusaciones que podían surgir por haber roto acuerdos previos. Fueron tantos los acusados, en total 133 prisioneros, que el mismo Mata Linares consultó y decidió absolver a quienes consideraba inocentes, de modo que mostraba la clemencia del Rey. Sin embargo, a los vinculados con el clan Túpac Amaru no se les tuvo contemplaciones y fueron trasladados a Lima en una penosa travesía llena de necesidades. Finalmente se les embarcó hacia distintos destinos, a los que llegaron pocos debido a las duras condiciones del viaje. Mariano y Andrés fueron condenados junto a Juan Bautista y Fernando, medio hermano e hijo menor de Túpac Amaru respectivamente, a trabajos forzados en una cárcel de España, aunque algunos fallecieron durante los viajes. Juan Bautista, tras muchas penalidades, logró sobrevivir, estableciéndose en Argentina. Tras la revolución liberal, y apoyado por el gobierno, escribió sus memorias.

A pesar que los realistas de línea dura habían tomado el control, sabían que las relaciones institucionales aún eran frágiles, y que el poder colonial se encontraba debilitado. La campaña de genocidio cultural en contra de las costumbres y el idioma indígena fracasaron, ya que no contaban con un adecuado programa ni tenían las posibilidades para llevar a cabo un proyecto de tal envergadura. En el caso del Alto Perú la represión fue brutal.

Finalmente los realistas de línea dura como Areche fueron amonestados por la dura presión y la persecución hacia los supuestos cómplices de los rebeldes como Moscoso y Peralta o los hermanos Ugarte, quienes fueron absueltos por la Corona. Estas acusaciones evidenciaban una gran desconfianza para con el clero y los criollos, clases a las que Mata Linares culpaba por el relajamiento de las costumbres en virreinato.

En las conclusiones, Walker reafirma las propuestas que presentó en el prólogo del libro:

Las reformas borbónicas desestabilizaron el sistema de las dos repúblicas creado en 1570 por el virrey Francisco de Toledo, y las relaciones entre la población indígena y el Estado español. Además, socavaron el “pacto colonial”, remplazando autoridades, incrementado los impuestos y cargas laborales. Todo esto llevó a la manifestación del descontento en pequeñas revueltas y levantamientos previos al de Túpac Amaru. Las reformas post rebelión buscaron acabar con la autonomía indígena, sus costumbres y su lengua, terminando por romper con el antiguo sistema sin ofrecer uno nuevo. De

este modo, la rebelión habría contribuido a acelerar el proceso independentista en América, aunque paradójicamente Walker también se muestra a favor del planteamiento Heraclio Bonilla y Karen Spalding¹⁴³, en que la rebelión también habría contribuido a postergar este proceso, ampliando la brecha de separación entre los Andes y la costa, por los temores que dejaron entre la población criolla y mestiza la violencia de los rebeldes y la represión que sufrieron de parte del Estado español.

A pesar de las medidas que adoptó el Estado español para borrar el recuerdo de los Incas y la rebelión de Túpac Amaru de la memoria colectiva, estos persistieron a lo largo del tiempo. Algunas leves alusiones a ésta pueden notarse en los nombres que puso el comandante general del Ejército Revolucionario de Haití a sus tropas: “El ejército de los Incas” y “Los hijos del Sol”. También resaltan los Tupamaros, nombre que adoptaron hacia 1810 los rebeldes gauchos al norte de Buenos Aires (actual Uruguay). Ya en el caso peruano, la imagen de Túpac Amaru fue decididamente rescatada y ensalzada durante el Gobierno de las Fuerzas Armadas, el cual tomó al personaje como símbolo del gobierno nacionalista y como precursor de las guerras de Independencia. El uso iconográfico y político de este héroe es muy largo y diverso, incluso estando presente en los inicios de la República Argentina, en donde se buscó coronar como inca rey a Juan Bautista Túpac Amaru.

El libro finaliza con el curioso testimonio de un niño, cuya familia había sido víctima de la violencia terrorista, quien dice que Túpac Amaru luchó para defender a los indios, y que continúa vivo. Nunca envejece, y se pasea a caballo entre los cerros.

El libro de Charles Walker presenta una amplia visión de la rebelión de Túpac Amaru y se esfuerza por mostrar la importancia y trascendencia de la misma; en la cronología presentada, se incluyen además de la rebelión de Túpac Amaru y Túpac Katari, la Revolución Francesa, la de Haití y las Guerras de independencia, esto debido a la firme decisión del autor de relacionar la rebelión de los primeros con todas las demás, y mostrarla como antecedente para la Independencia.

Las explicaciones y el uso de conceptos sobre la guerra, junto al análisis de la geografía y al de la idiosincrasia por parte de cada bando, nos permiten una mejor comprensión del tema y las condiciones en las cuales se desarrolló este hecho histórico. La obra es una buena introducción al tema para quienes desean iniciar una investigación referente a éste, ya sea aprovechando las principales fuentes documentales y bibliográficas mencionadas a lo largo del texto; o bien como modelo para el análisis de otras rebeliones. Al mismo tiempo, la obra es útil y fácil de leer para quienes simplemente busquen conocer sobre esta importante rebelión. En ese sentido cumple con los propósitos planteados por el autor al inicio de la obra.

Betsalí Trinidad CURI NOREÑA

¹⁴³ Bonilla, H. y Spalding, K. (1981). La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos. En: *La Independencia en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios peruanos.